

**José Antonio
Gómez Marín**



EL MUNDO
PERIÓDICO

El Mundo - Huelva Noticias
09/11/02

Escribir en Huelva (y 2)

Ya hemos mencionado a Ernesto Feria y a Manolo Pizán. Del primero se recogió hace poco —en el excelente Servicio de Publicaciones de la Diputación— un curioso volumen de artículos al que alguien, con mano certera, le puso de título “Crítica de la razón tecnológica” en evidente alusión al título sartriano. Feria se impuso voluntariamente la pesada carga de difundir en Huelva, a base de artículos de periódico, lo más fuerte de la reflexión europea y americana, y así, durante años, predicó en nuestro desierto sobre cuantas ideas iban surgiendo por ahí, y a mi modo de ver, con especial agudeza en torno a la crítica filosófica, al marxismo o al estructuralismo en boga, sin olvidar el existencialismo que había precedido a ésta. De Pizán no se ha hecho, que yo sepa, esa antología, y me temo que no se haga nunca dada su especial indiferencia a la hora de publicar y de expresarse. En aquella Huelva que parecía dormida, in situ o en el exilio, había quien se dejaba ordenadamente las pestañas desentrañando papeles viejos, como Diego Díaz Hierro, el pobre, o quien como Manolo dilapidaba su talento en cualquier parte, donde de terciara, mientras en algún escaparate podía verse, como ya dije, alguna novela exótica, histórica, de Alberto Luis Pérez, y Manolo Garrido hacía sus primeros pinitos literarios en los ratos que le dejaba libre al autodidacta el trabajo que dio de sí series televisivas tan reveladoras como “Raíces” o “La duna móvil”. De Manolo hablaba con gravedad y cariño el maestro don Julio Caro Baroja mientras las televisiones públicas lo dejaban pudrirse al sol que más calentaba en cada momento, cosa que no vino mal a efectos literarios porque ello le permitió centrarse en la escritura con notable talento. Hace poco leí un cuentecillo suyo, irreverente donde los haya (“Retablillo del aprendiz y el maestro”), que es una joya pero que, hay que ser comprensivos, casi me reconcilió con los burócratas celosos o simplemente ignoros que han conseguido apartarlo de las cámaras: esos no confunden nunca la autorizada y explotada pornografía con libertarias como ese retablillo.

Yo creo, en todo caso, que el escritor onubense más granado es José María Vaz de Soto, ese doctísimo lingüista, conocedor minucioso y apasionado de nuestra literatura y de la ajena, cuya primera novela —pasada al cine con el título de “Arriba Azaña”— constituye, a mi entender, un testimonio estupendo de lo que era el ambiente juvenil (escolar) de nuestra generación y en consecuencia, el sistema educativo, más allá de la circunstancia de estar imaginada en el viejo colegio de los Maristas, paredaño con la Escuela Francesa. Poca atención le ha dedicado Huelva a ese paymogueño recalcitrante que, a pesar de su cosmopolitismo y su experiencia políglota, se delata a la legua por sus elles andevalinas y su estilo sobrio, tan barojiano, que ha permitido hablar de él como del mejor escritor de diálogos que se ha roto en muchos años. Una novela como “Diálogos al anochecer”, o como “Diálogos de la alta noche” o “Despeñaperros” (con la que obtuvo el Premio Andalucía de Novela) no deberían quedar tan a trasmano en nuestras librerías como determina nuestra mísera realidad editorial, pero a trasmano están y temo que con mal remedio, al menos de parte de la iniciativa andaluza. José María, que es surfista aficionado, planea sobre esa ola adversa con la serena tenacidad que propicia su carácter entre estoico y cínico, dicho sea pensando en Antístenes y no en cualquiera de los marmolillos que puedan venírseos ahora a la cabeza. Pero a mí me reconcome —no lo puedo remediar— reconocer que esos límites a la difusión de su importante obra novelística los agravan más que alivian las actuales políticas de promoción editorial. Muchas veces lo



tengo hablado con Víctor Márquez, otro andevalino puro a pesar de su exilio perpetuo, cuya obra –menos mal–, en especial su crítica parlamentaria, en la que es hoy maestro indiscutido, ha merecido no sólo la atención del público sino su oportuna reedición. Tampoco Víctor debe mucho a Huelva –corazón aparte–, a pesar de ser uno de los conocedores más perspicaces de su pasado y, en especial, de su baja postguerra, con sus paisajes y sus gentes, sus claves y sus intrínquilis. Premios, como el Nacional de Periodismo, el Espejo de España o el González Ruano, son la innecesaria confirmación de su talento de escritor y, en especial, de cronista inimitable. Pero yo aguardo con ansiedad esas Memorias que puede que esté urdiendo con su memoria meticulosa y fiel. Alguna vez, hablando con Ricardo Bada, de quien tengo que escribir por menudo, creo haber coincidido que si Vaz era el escritor más elegante y eficaz de la Huelva actual, Márquez Reviriego era el más culto y simpático. El Andévalo profundo da esos hombres de una pieza y esos talentos encumbrados. Lo malo para nosotros, aunque no para ellos, es que los dos hayan debido abrirse paso en el exilio, siempre con el morral nativo a cuestas, siempre a vueltas con la memoria de la tierra vivida y siempre nutriéndose de ella para alimentar su literatura. Hay mucho que hablar de esta Huelva tan mal conocida y procuraremos no dejarlo en el tintero en otras ocasiones, en las que habrá que ocuparse de los novísimos, que son legión, así como de algunos olvidados y de los ensayistas que, por fin, aparecen en una Huelva universitaria que empieza a hacerse un hueco en el panorama cultural.

Escribir en Huelva

EL MUNDO
PERIÓDICO
La Ría, 02/11/02

Estos días se ha hablado y discutido en Huelva sobre escritos y escritores, reales o supuestos, en una agria polémica, por mi intervención provocadora (vitalizadora, diría yo) en la cual, no siento el menor remordimiento. Eso no es malo, después de todo, teniendo en cuenta el escasísimo peso específico que lo literario y, en general, lo cultural, ha tenido tradicionalmente entre nosotros. Pero lo que hay que defender en Huelva, como en todas partes, no es lo malo sino lo bueno, que lo hay. El otro día, sin ir más lejos, me encontré en la mesilla de uno de nuestros hoteles patrocinadores de las “Charlas en el Mundo” un librito de relatos cortos entre los que enseguida me lancé a leer el de Juan Cobos Wilkins, “Cadáveres tan hermosos”, justo ganador del certamen que justificaba la edición. Me encontré en esas páginas con una bellísima metáfora, una especie de cristal fragilísimo pero hipnótico a través del cual (o en sí mismo, quizá mejor) se podía entrever la seductora y fría imagen de Catherine Deneuve tras la seda transparente en un episodio que no les descubriré. No les voy a contar el relato pero sí he de constatar el regusto más bien amargo que me produjo pensar en este escritor hecho y derecho encerrado en su Ríotinto natal o en la propia Huelva, volcado como un azacán sobre ese misterioso trabajo de creación pero, ay, con muy escasas oportunidades respecto de las que merece.

Tras la deliciosa lectura de Juan Cobos me entretuve en la duermevela reinando en el destino de los escritores locales, condenados en su totalidad –salvo los trucados– a elegir entre el exilio o el silencio. Hombre, no hablemos siquiera de Juan Ramón, porque JRJ no es ya de Huelva –ni lo fue nunca– sino que pertenece al universo literario general o, para ser más exacto, al Mercado, ese laberíntico mecanismo ajustado por un relojero ciego que, según dicen, tiene la “mano invisible”. No hablemos, pues, de Juan Ramón, porque tenemos otros casos más apropiados para el debate, y para empezar el de un poeta tan fino como Rogelio Buendía, cuyo poema a la perdiz, ese camafeo precioso, conocíamos los jóvenes de mi generación por la generosa antología poética de Sainz de Robles en Aguilar, pero del que nos costó Dios y ayuda conseguir luego algún que otro poema y unas cuantas

referencia de quien fuera como Buendía, en realidad, más allá de los caprichos de críticos y manuales, un muy característico miembro de lo que, en el fondo más escondido, fue la generación poética del 27. Yo no llevo en la cabeza la enciclopedia onubense, por supuesto, pero temo que mi ignorancia de la obra de Buendía se deba a que nadie ha apostado nunca entre nosotros —y ya podemos esperar sentados si creemos que van a apostar por ahí fuera— a rescatar del olvido los textos que, sin duda, tiene su conocida familia onubense, además de los que conservan (o conservaban hace años) en Madrid, algunos literatos que fueron sus contemporáneos o amigos.

Con José Nogales la cosa ha ido mejor —aparte de la temprana atención de que le dedicó el notario Diego Romero, editor y prologuista de su famoso cuento, un excelente libro de Angel Manuel Rodríguez Castillo, que yo mismo presenté en el Ateneo sevillano y Víctor Márquez Reviriego en Madrid, fue publicado hace bien poco— y hasta se han mantenido en varios pueblos y ciudades onubenses rótulos callejeros con su nombre. Y menos mal, porque la fortuna de ganar aquel concurso de “El Liberal” con uno de los grandes cuentos de habla española, “La tres cosas del tío Juan”, nunca podría compensarlo de la malquerencia de los críticos de la España oficial encabezados por mi adorado Valle-Inclán, lengua bífida donde las haya habido y perdedor del concurso de marras, cuyo retrato de Nogales en la figura cómica del “redactor jefe” de “Luces de Bohemia” tanto ha contribuido a desprestigiarlo en los cenáculos elevados. Por culpa de esos desdenes casi nadie ha leído “Mariquita León”, por ejemplo, donde ya nuestro escritor apuntaba a un costumbrismo de mayor aliento, o sus innumerables crónicas y artículos periodísticos hoy de relativo interés colectivo, pero trascendentales, por ejemplo, a efectos de una hipotética historia de las mentalidades.

Ustedes se saben el resto, supongo, del mismo modo que todos nos preguntamos dónde están esos escritores nuestros, fuera, naturalmente, de las nóminas de un eventual Instituto de Escritores Onubenses o algún otro registro semioficial por el estilo. ¿Dónde está la obra de Ernesto Fera Jaldón, valga el caso, a pesar de que a este afortunado (ahora, no en vida) y admirable pensador no le hayan faltado mentores y, en consecuencia, ediciones? Pues desde luego no al alcance de nuestros universitarios, que es donde deberían estar. ¿Y la de Manolo Pizán, aquel fugaz soñador, tan egocéntrico pero tan vertido hacia los demás, que ejercía de corresponsal de Radio España Independiente en plena y peligrosa clandestinidad, al tiempo que traducía con primor a un pensador tan fundamental como Paul Nizán (“Los perros guardianes”, mismamente) o nos recordaba cada dos por tres en sus escritos los versos de aquel árabe cordobés/onubense, Ibn Hazam, que releería “El collar de la paloma” y hubo de escribir sus últimos versos ahí mismo, en la orilla del Tinto, cerca de La Ruiza, donde murió y sería enterrado?

Es necesario reconocer que Huelva no le da el sitio debido a los que viven de escribir o, simplemente, dedican su vida a esa tarea, al margen de sus profesiones. Ni antes ni ahora. Pero en esta primera entrega, que no quiero alargar, no puedo meterme en la nómina de los nuevos y novísimos, entre los cuales y los autores anteriores, —como el muy exótico Alberto Luís Pérez o un casi ignorado autor de policiacas “Alex Wilki” (pseudónimo de Alejandro Wilke), y tantos otros que flanquearon la generación de Adriano del Valle— el doctor Ernesto Fera, con su gran amigo Márquez Reviriego, harían de generosa charnela. De ellos, sobre todo, de José María Vaz de Soto, sin duda posible el más destacado, me ocuparé después. Aunque me temo que para repetir el lamento y aplicarles también a ellos el cuento del olvido que adormeció a los que nos precedieron.

<http://www.jagm.net/articulos00.htm>